



VERDADERO ROMANCE
DE DON FRANCISCO FERRARA,
 y de los arrestos que hizo, como se arro-
 jó en casa del Principe Colona.

EN la gran Ciudad de Roma,
 que el Pontífice San Pedro
 tuvo por Corte primera,
 también su Palacio Regio;
 cuyos altos edificios,
 compitiendo con el Cielo,
 dán a la esfera embarazo,
 ocupando el Firmamento:
 Adonde Pompeyo Numa,
 adonde el Magno Pompeyo,
 donde Tito, y Vespasiano,
 y donde el gran Marco Aurelio
 con las civiles Coronas
 hicieron su nombre eterno:
 Entre todos los Señores,
 y Potentados del Reyno,
 está el Principe Colona,
 que es un noble Cavallero
 de lo mejor de la Italia,
 y de mayor lucimiento.
 Muchos Señores le sirven;

mas entre todos aquellos
 fue Don Francisco Ferrara
 quien ocupó el mayor puesto.
 Pasaronse algunos dias;
 pero al cabo de este tiempo
 el Demonio, que no duerme,
 inventó trazas, y enredos
 para contrastar altivo
 el pecho de este mancebo.
 Fué el caso, que el Dios Cupido
 con flechas de ardiente fuego
 disparó, poniendo el blanco
 en un peregrino objeto,
 que fué no mas que una dama,
 hija de un hermano mesmo
 del gran Principe Colona,
 de entrambos a dos el dueño.
 Con reciprocos cariños
 ambos se correspondieron
 el tiempo de algunos meses,
 pero viendo, que este intento,
 por

por muchísimo recato,
no podía estar secreto,
entre los dos concertaron
poner tierra de por medio.
Se ausentaron una noche,
á tiempo que el Dios Morfeo
cobraba el comun tributo,
pension humana del sueño.
Llegaron á una montaña,
quando ya el Alva rompiendo
el velo de las tinieblas,
despierta, luciente Febo,
quando se hallaron confusos,
sin ningun conqecimiento
de patria, tierra, ó paraje,
de Norte, guía, ó consuelo.
Per tidos, y sin camino
and ivieron largo trecho,
hasta que los atajaron
unos fieros vandoleros.
Mas Don Francisco Ferrara,
sin ningun temor, ni miedo,
les saludó cortesmente,
y les dice: Cavalleros,
yo soy aquel que fortuna
lo ha traído á tal extremo,
que en las soledades busca
su mayor gusto, y contento.
Contróles, en fin, el caso;
mas luego sus prendas viendo,
de comun acuerdo todos
por Capitan lo eligieron.
Pasó el Faro de Mecina
con todos sus compañeros,
y en la Villa de Catania
entróse altivo, y sobervio.
Llegó á un Meson, y llamando
al bueno del Mesonero,
le pidió posada, y camas;
y él dixo: Señor mancebo,
usted vaya á otra posada,
porque yo huespedes tengo

ricos, nobles, poderosos,
que han ocupado primero
desde la noche pasada,
camas, quádras, y aposentos.
Quién son? Dixo Don Francisco.
Respondió: Unos Cavalleros,
que vienen buscando á un hombre
facineroso, y sangriento,
que al gran Principe Colona
robó con falsos intentos
una sobrina, y le quieren
castigar su atrevimiento.
Burlando del caso, dixo:
Es justo castigo, y quiero
ayudarles á esta empresa
movido de un justo zelo.
Llegóse, pues, donde estaban
todos juntos, disponiendo,
quando no el propio negocio,
mas bien el negocio ageno;
y al instante por las señas
todos le reconocieron;
le quisieron echar mano,
y él entonces rebolviendo,
sacó un trabuco, y apunta
al que es mas principal de ellos,
á cuyo soplo impensado
cayó redondo en el suelo,
con quatro furiosas balas
quatro puerttas en el pecho.
Otra caravina saca;
pero fue con tanto acierto,
que dos se llevó de un tiro,
(Dios les dé su santo Reyno.)
Alborotóse la gente,
acuden los compañeros,
los Ministros de justicia,
y los Alcaldes del Pueblo,
pidiendo favor al Rey,
y en muy bien poquito tiempo
todo el Meson, y la calle
parecia un vivo infierno.

Re-

Repartiendo su fiereza
andaba Marte sangriento,
y la muerte atribulada
dudaba en un tiempo mesmo
á quien matar, ó á quien pueda
reservar su limpio azete.
Dos horas duró el combate,
hasta que los Vandoleros,
abriendo calle entre todos,
en huida se pusieron,
cada qual por su vereda,
y se meten en lo espeso
de una montaña, y no todos,
porque murieron seis de ellos.
La pendencia apaciguada,
se vieron catorce muertos,
sin otros muchos heridos
en brazos, piernas, y cuellos.
Juntó su gente el Caudillo,
y no con poco recelo,
se pasaron á Calabria,
adonde hicieron asiento
en San Estevan del Bosque,
haciendo delitos fieros.
Llegó la nueva á Colona,
y viendo su hermano muerto,
su sobrina deshonrada,
en ira, y colera embuelto,
brama como toro herido,
ruge como Leon fiero:
echó un Vando: Que qualquiera
que lo traiga, vivo ó muerto,
dos mil doblas les promete,
y otros dones de mas precio.
Dexemoslo por ahora;
y bolvamos al desierto,
adonde están los Vandidos,
mas no con mucho sosiego,
que por orden del Virrey
del Napolitano Reyno,
vino cierta Compañía
de Militares guerreros.

Los cercan en San Estevan,
aquí fué el cruel encuentro,
pues de una, y de otra parte
procedia un vivo incendio.
Cayó herido Don Francisco;
pero no perdió por eso
el aliento, que le mueve
á emprender tales arrejos.
Un compañero le carga,
y arrodillado en el suelo,
no hace tiro, que no emplee
airado, cruel, y sangriento.
Con pérdida de tres hombres
lo meten en el Convento,
cerrando todas las puertas,
cesó el combate sangriento.
Curaron á Don Francisco;
y quando todo en silencio
estaba, salieron juntos
por un bosque muy estrecho,
y á pocos dias llegaron
á la Ciudad de Viterbo,
donde teniendo noticia
del Edicto, que está puesto
en la gran Ciudad de Roma,
dispuso el mayor empeño,
que no es posible, que quepa
en el mas altivo pecho.
Disfrazóse, y una noche,
dexando sus compañeros,
se fué á Roma, y animoso
llegó al Palacio Supremo
del gran Principe Colona:
por entre el bullicio inquieto
se entró dentro del Palacio,
disfrazado, y encubierto.
Y en el mismo quarto donde
tiene el Principe su lecho,
se escondió, hasta que llegue
ocasion, lugar, y tiempo
para lograr su designio;
y en el nocturno silencio

com-

combidaba á los mortales
á francas mesas del sueño;
el Principe se retira
para acostarse, y saliendo
con un trabuco en las manos
el tal Don Francisco, y puesto
en mitad del quarto, dice:
Señor Principe Supremo,
no se alborote, sosiegue,
que yo soy quien vengo á verlo:
escuche, y no me dé voces,
si no quiere que del pecho,
á incendios de aqueste rayo
escupa el humor sangriento.
Vuecelencia ha prometido
á quien le dé muerto, ó preso
á Don Francisco Ferrara,
dos mil doblas, y yo atento
á la promesa, he querido
poner en su mano el reo.
Yo soy, mireme de espacio;
pero advierta, que no pierdo
la manda, porque en los Nobles
es inviolable precepto:
presto, porque estoy de prisa,
no me replique un momento.
El Cavallero confuso,
lleno de temor, y miedo,
que en poder de hombre arrestado
se teme qualquier exceso,
con cortesía procura
disuadirle de su intento:
mas viendo que no aprovecha,
abrió un Escritorio, y luego
las dos mil doblas contadas
se las entregó al momento.
Con la muerte le amenaza
si dá voces, y saliendo,

F I N.

Con licencia: En Madrid: En la Imprenta y Librería de Andrés de
Sotos, calle de Bordadores, frente de San Ginés,
donde se hallará.

baxó la escalera abaxo,
y llegando al aposento
donde el Portero asistía,
llegóse, pues, con silencio
para quitarle las llaves;
mas resistirse queriendo,
por cinco puertas entrega
el alma, y llaves á un tiempo.
Abrió la puerta, y al punto
en un cavallo ligero,
que en cierta casa le tienen
apercibido, y dispuesto,
salió de Roma, y camina
donde están los compañeros.
Llegó, y contóles el caso;
pero admirando el suceso,
en otras voces repiten:
Victoria el Capitan nuestro.
Y al cabo de pocos dias
(por muy bien fundados zelos)
al uno de su quadrilla
le dió la muerte sangriento,
tambien á su noble dama
la atravesó el blanco pecho.
Un primo de este difunto,
ofendido del suceso,
una noche lo asegura,
y con un trabuco fiero
le abrió puertas, porque el alma
desampare el triste cuerpo.
Embuelto en su propia sangre
lo dexó, y partióse luego
á darle parte á Colona;
y el Principe muy contento,
en albricias de tal nueva,
le premió con un gran puesto;
Dios nos libre de estos casos,
y nos dé su Santo Reyno.